

EL SEÑOR

POR ADRIANO GONZALEZ LEON

Este relato ha sido escrito en homenaje a Julio Garmendia, admirable cuentista cuya obra marca toda una época en la evolución de la prosa narrativa en Venezuela. Es una recreación del amoroso mundo de seres, objetos y vívidas fabulaciones que conforman el mundo personal del autor y la atmósfera de sus creaciones.

Por la tarde lo seguían los perros. El andaba lenta y pausadamente, espionando los colores y los rostros que surgían de las vitrinas y pensaba que esas nubes reflejadas en el vidrio eran más reales que las nubes de allá lejos, las que estaban montadas en el cerro construyendo figuras de animales. Había dado veinte pasos, veinte, exactamente, y sentía el aire cargado de la ciudad, sus reflejos clarísimos junto a las miradas amenazantes de la gente. Por ello buscaba meterse disimuladamente en la orilla de las aceras, muy pegado a la pared, aunque la cal o las pinturas pusieran nuevas manchas sobre su paltó desgarrado. A aquel paltó le habían caído muchas lluvias y muchos soles. Y a veces, también, las lluvias y los soles de otros países. Toda la humedad del mundo, en forma de menudos seres. Se habían metido en el forro, en las costuras, asomaban sus ojillos inquietos por el borde de los bolsillos.

Era cierto. Llevaba duendes y lo seguían los perros. Después de andar muchas cuadras y cuando sentía que ya el aire no estaba tan azul y que los colores morado y lila se comenzaban a apagar, él, con gesto de resignación, se metía en el parque. Unas cuantas hojas estaban caídas siempre sobre la vereda y él acomodaba sus pies, sus zapatos gruesos, mejor dicho, justos, sobre el lomo de aquellas hojas secas que comenzaban a parecerse a ciertos animales. El apretaba

lentamente hacia abajo y se oía el crás... Luego con el otro pie. Y aceleraba su operación. Ya no pisaba, marchaba. Ya se oía entonces crás...crás...crás..., seca y alternadamente, como cuando los soldados del cuartel vecino desfilaban para bajar la bandera.

Así, hasta el banco de cemento. Los duendes no se habían salido de su bolsillo, a pesar del incómodo agitarse. Probablemente tenían sus ojillos más llenos de fuego y rabia, pero supieron esperar (con la paciencia que tienen los seres de otro mundo) hasta que el señor se sentase y poder libremente dar carreras y piruetas en la grama de la parcela. El no veía los duendes. O se hacía que no los veía. En cambio los perros flacos y miserables, igual que en las noches de luna, presionados también por los fantasmas, se ponían a ladrar contra el suelo y paraban sus orejas como si desde la paja o la intimidad de la tierra les llegara una música afilada.

El señor pensó en mandarlos a callar, en espantarlos con una rama o decirles algo para que dejaran de hacer ruido. Pero él no podía hablar. No era que no pudiera, sino que nunca hablaba ni rompía su paseo taciturno y su descanso en el banco. A lo lejos, la ciudad estaba muy ardiente y llena de motores. Allá estaban las gentes empeñadas en tirarse los paquetes, los negocios y los títulos a la cara. El no tenía nada que ver con aquellas agilísimas y sonoras transacciones. Por eso no hablaba. Esperaba entonces que la tarde acabara de morirse por completo y abría un libro, mientras a su lado saltaban los duendes y los perros.

**

La noche comienza aquí, delante de él, lenta y sosegada, dispuesta de tal modo que salta desde cada ranura o se insinúa sobre el lomo de los libros y, en ocasiones, es simplemente un parpadear monótono. El señor se sabe de memoria las maneras de comenzar la noche. Huele a polvo, y algún aire de fritura, enredado en quién sabe qué cocina, asciende y se mezcla con el olor a remedios, a ropa húmeda, a latas de Ungüento Mentol Davis. Por allá, en alguna parte, ni muy lejos ni muy cerca, se oyen voces.

— Llegó el Transporte Primavera.

— ¿Cuál?

— El Transporte que viene de San Cristóbal.

— Ah!

Después hay un ruido como de carretilla, de caja rodada, de pregón que ofrece a esas horas, empanadas para los viajeros. Se hacían cuatro días muy largos de camino, por barriales y quebradas polvorientas, a través de páramos zumbadores y llanuras reseca. El colector del autobús, con un paño enrollado en el cuello, iba diciendo: "Despierte, ala, ya llegamos", y luego saltaba a la acera y buscaba la escalerilla para subir al techo del vehículo y allí se ponía como un maromero a remover las maletas.

Pero estos eran los ruidos y las voces de antes. Vienen así, de pronto, cuando nadie los espera en esta enorme casa destartada, con las maderas arruinadas y los pasamanos de las escaleras comidos por la polilla. Entran, a pesar de que el zaguán es largo y las ventanas del segundo piso están cerradas desde hace mucho tiempo. Posiblemente se han extendido por el patio, en medio de viejos materos de barro, junto a la palma raquílica y la enredadera. No, no hay palma ni hay enredadera. Hay sólo una persiana mugrienta y destartada, con los cordones comidos por los bichos. Las palmas y la enredadera y una maceta de flores amarillas eran de cuando las voces. Están también ahora porque los ruidos y las cosas no se mueren y pueden durar mucho tiempo escondidos en los rincones, hasta cierto instante en que una campana o un pito los devuelve a la vida. Son como los olores. Por eso llega de pronto el Agua de Colonia o el Alcoholado Palmitas y ese aliento húmedo y singular que exhalan las flores de trapo. De vez en cuando aparecen en las gavetas de los escaparates, confundidas con recibos manchados y sin valor, mezcladas a figurines y dibujos para calcar en los bordados. Hay algún recuerdo misterioso, una especie de pacto celebrado en las sombras; y los ruidos viejos emprenden su regreso y vienen dispuestos a ganar espacio material. Al poco rato, ya están aquí. Instalados en las patas de la cama, sobre la cómoda polvorienta, en las hileras de los libros; aparecen muy gallardamente los muñecos de aserrín, los osos de resorte y los soldados de plomo. Se piensa que vienen de otros lados, de los lados de las nubes coloradas, porque les pesa, les pesa su soledad, y tienen alma, están urgidos de vida, han brotado de las profundidades como los muertos de los cementerios olvidados y es probable que el Diablo los haya congregado en la habitación, para urdir los negocios de siempre.

**

Las ciudades tienen a veces colores enmarañados; un soplo repentino anuncia las lluvias y entonces es un gris que parpadea contra los violetas del cerro y el pobre sol de los venados parece ahuyentado a tiros de escopeta. Las buenas gentes dicen que eso hace mal y si por casualidad hay un arco en el cielo — otra manera de complicar los colores — esa llovizna puede producir sarna y tristeza. ¿Quién sabe entonces cuál árbol debe escogerse para escampar, qué pórtico coronado todavía por pámpanos y racimos puede abrigar de los maleficios del cielo? Ahora no hay bardas, ni aleros, ni se asoman las trinitarias para que el agua las azote. Antes se llegaba a un portón grande, con aldabas doradas, y desde allí, mientras escampaba, se podía mirar la cúpula del Capitolio bajo la custodia de algunas palomas asustadas. El Templo era untuoso y viejo. De él salían muy lentamente los brotes de incienso y se aplacaban en el enlozado con el peso de las gotas. Alguna beata distraída, que traía flores y sus medallas para la Inmaculada, extendía su velo para librarse inútilmente de aquella lluvia que era torrencial y corría por los tejados y las calles para ganar toda la ciudad.

A él le dicen el señor y con ello quieren juntar un gran montón de antigua cortesía y cubrir en cierto modo la respetuosa distancia. Así dicho, EL SEÑOR, en grande, resulta más lejano, y él mismo se sabe aparte y no da respuestas y camina con pasos duros que pueden ser de queja o de resguardo. No hay palabras. Tampoco hay árboles ni aleros y la ciudad solamente sirve para los ojos y los ojos se posan con desgana sobre los autos ruidosos, los edificios violentos y los avisos de neón. Una inscripción remota, asomada por azar en una tabla, o no cubierta por las miles de pinturas que en miles de Navidades han caído sobre la fachada, recuerda de pronto al viejo almacén. En la plaza del viejo mercado la lluvia ni siquiera llega al suelo, rebota en los capacetes de los autos estacionados. Habría que detenerse entonces con cierto sigilo, pensar un poco y hacer como si se sale de compras de “El Gallo de Oro” y mirar de pronto, indiferente y sobria, sin pedestal y con el paltó levita que es más gasa que bronce, la estatua de “El Venezolano” moviéndose dignamente sobre los *capots* relucientes.

Se puede también regresar, por el Mediterráneo, a unas calles empedradas con iglesia de agujas y palacios de mármol. Desde las terrazas, largas figuras con capas y postines lo saludan, mientras el pito de las embarcaciones anuncia los cargamentos de carbón. Desde allí se partió, al revés que él, hacia el Nuevo Mundo y los fantasmas de

Colón y Andrea Doria rumian todavía sus órdenes, discuten con los armadores, y cuentan las monedas de su aventura a las puertas del Banco de San Jorge. "Génova, ciudad de Italia", decía el manual en la escuela primaria y se siente que allí no hay colores enmarañados sino la sola competencia del azul marino contra los grises, los opacos, los marrones de las ruinosas casas del puerto, los grandes depósitos desvencijados para el trigo y el algodón, a cambio de papel, mármol y oliva. "Génova, la Soberbia", con el esplendor y las furias de *los perros* para arruinar a sus enemigos políticos y esos pórticos de piedra donde se puede escampar y nadie le dice EL SEÑOR.

**

Estar acá, después de la lluvia y el paseo por el parque, resulta, sin duda alguna, confortable. El señor se ha puesto una manta sobre las piernas y piensa de pronto que con ella puede cubrir el banco de cemento, la ciudad sin aleros, su propia habitación. Una carpa inmensa que puede abrirse por el mundo y hacerle sitio a sus amigos. Desde hace veinte años el señor comparte este cuarto de pensión con los fantasmas. A veces algún soplo de vida real se introduce por los ojos de los gatos que saltan sobre los libros y las latas de galletas y ganan la ventana y el tejado a costa de grandes maullidos. Otras veces se quedan quietos y ronronean en el almohadón floreado y el confuso rumor de hilandera que despiden sirve de anuncio a las apariciones.

Los ruidos y las cosas, como habíamos dicho, no se mueren. Sobre todo cuando son ruidos pobres, sordos, disimulados, parecidos a las cosas humildes, descascaradas, rotas, en desuso. Ellos vuelven también como los héroes desdichados que perdieron su memoria, que nunca realizaron una hazaña valedera, que han estado únicamente abiertos hacia el mundo y el mundo no perdona su silencio, ni su sueño, ni su alejamiento apacibles. A ellos está ligado el destino de los espejos rotos y los pocillos desportillados, la tuerca abandonada sin surco para enroscar, esa llave grande y mohosa con forma de animal que no se sabe a qué puerta ostentosa estuvo ligada, la cuerda del ahorcado, el botón de nácar sin blusa que lo haga resplandecer en la reunión.

Por el techo y los rincones, detrás de los libros descuadrados, sacando la cabeza dificultosamente por entre algunos papeles con historias borroneadas, siguen llegando los amigos de el señor. En

la pensión todo el mundo está tranquilo y han apagado el aparato de radio. De pronto vienen cornetas y frenazos desde la avenida, pero los viejos pregones y el viento que silbaba entre los árboles de la antigua Plaza España les gana la partida. Por las lisuras de la puerta, por los caminos de las polillas, desde estas fotografías marcadas por la humedad y los años, siguen llegando los amigos de el señor. Todo está preparado, como en tantas noches de estos últimos veinte años, para la entrevista habitual. Los muñecos de aserrín bailan y saltan, los héroes infortunados se cuelgan en el cuello guirnalda de trapo, aparece el loco de los gritos, surgen las nubes coloradas y detrás de ellas los muertos expulsados por la estación lluviosa. Desde un rincón, con sonrisa de amigo, el Diablo los observa danzar.

Ya tarde, cuando comienzan a oirse los nuevos ruidos del día y la ciudad se mete, firme y sonora, por la ventana del cuarto, el señor se despierta, todavía fatigado, porque sus visitantes de la noche tardaron en partir. Humedece sus ojos en el lavabo, mejora sus cabellos y ya está en plena calle, ausente de los ruidos filosos y metálicos, camino del parque. Detrás de él danzan y aullan los duendes y los perros.